


TOMA DE POSESION DEL NUEVO PRESIDENTE

*Artículo del Boletín de la
Sociedad Geográfica de Colombia
Número 68, Volumen XVIII
Cuarto Trimestre de 1960*

**Palabras pronunciadas por el académico Manuel José
Forero al tomar posesión de la Presidencia de la Sociedad
Geográfica de Colombia, el 26 de agosto de 1960.**

 Señor Presidente saliente, doctor Darío Rozo M., señores miembros de la Sociedad Geográfica, señoras, señores:

Este noble torreón es casa de sabiduría, de patriotismo y de justicia. Fue ella edificada por Mutis, glorificada por Caldas, enriquecida por Codazzi, vinculada a todas las manifestaciones del progreso científico del país por sus continuadores más ilustres. Mediante ella Colombia es rica y opulenta, y sin ella sería ciertamente más pobre, porque en ninguna otra parte del suelo que nos nutre y sustenta se han dado cita tan vigorosos entendimientos ni tan poderosas voluntades.

Toda la historia de Colombia, a partir de 1803, mira a esta casa, y lo hace con equidad porque mediante la Expedición Botánica esa misma historia empieza con un alto capítulo de dignidad sin turbulencia y de doctrina pura sin estallidos de venganza. Como si de veras hubiese estado escrito que la independencia colombiana tuviese orígenes elevados sin comparación, en este Observatorio Astronómico se hallaron congregados los hombres de estudio a quienes poco después la República honro como próceres y veneró en calidad de mártires. Y como si en el vasto reloj de los tiempos hubiese de sonar para ella una hora de restauración suma, la Providencia dispuso que bajo este alero se escuchasen el 19 de julio de 1810 las palabras admonitorias de nuestros fundadores.

Concentraron ellos en sí, aunque fueron pocos en los momentos iniciales, la multiplicidad numerosa del pueblo granadino, de tal suerte que las ambiciones del desheredado fuesen representadas por unos, los anhelos de superación espiritual de muchos tuviesen en ciertos insignes varones núcleo cierto, y las aspiraciones colectivas se reflejasen en unos pocos, pero éstos fértiles, abnegados y recios.

Ahora bien. Pasaron los Comuneros con sus clamores esperanzados, pasaron los milicianos de la Patria con sus clarines y los expedicionarios crueles de Morilla con sus cajas de guerra; pasaron los días magnos del Gobierno del Libertador y Santander bajo el grande arco de la Gran Colombia; pasaron los fulgurantes momentos de nuestra creación política. Para darle vida a esta murieron muchas cosas. Pero felizmente subsistió este silencioso torreón, colocado en la mitad de la Santafé antigua, y desde él volvieron a oírse lecciones de majestuosa estructura y doctrinas de perpetuo significado, siempre atentas a lo que fue la Expedición Botánica, mediante sus ejemplos ilustres.

En medio de la increíble desorientación ciudadana de 1850, y cuando todo conspiraba contra la persistencia de las mayores faenas de carácter rigurosamente científico, tuvo Colombia en la Comisión Corográfica un motivo nuevo y cierto para esperar horas mejores. Entonces Codazzi, Ancizar, Paz, Price, Pérez y otros cuyos nombres se recuerdan con austero respeto en los mejores círculos de los tiempos actuales, restauraron las viejas esperanzas y anunciaron el vastísimo desenvolvimiento de las disciplinas matemáticas, físicas, químicas y astronómicas en el país a quien amamos.

Además de ser esta casa hogar de ciencia y patriotismo, es casa de justicia. No han faltado en ella jamás el reconocimiento austero hacia los grandes servidores de las iniciativas que le han sido propias, ni las palabras testimoniales de esa gratitud. Esto quiere decir en otros términos que nunca ha sido esquiva la mirada de los rectores del Observatorio Astronómico hacia los doctísimos obreros reunidos en torno suyo y en beneficio del legado intelectual de nuestros mayores.

Por otro lado, la integración de la sociedad Geográfica de Colombia -en 1903- y de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, físicoquímicas y naturales -en 1936- demuestra que los graves muros y la altura de la torre magnífica son prenda cierta de que a su amparo siempre han prosperado la generosidad, la nobleza del ánimo, la concordia de los buenos con relación a sus semejantes.

Placas recordatorias y óleos colmados de vitalidad nos hacen ver fácilmente a quienes forjaron en esta fragua hierros de dignidad eximia. Un ambiente de memorias fecundas hace de este recinto algo único en el panorama general del país.

Tanto la Academia de Ciencias como la Sociedad Geográfica han rendido homenaje en notables ocasiones a los caballeros que las han servido con amor, diligencia, abnegación y desinterés. Solo aplausos merece esta conducta. Y precisamente hoy la Corporación interesada esencialmente en los estudios geográficos quiere honrar a dos eficacísimos miembros suyos. No he de elogiarlos con mis palabras, pues uno de los mayores en esas disciplinas va a hacerla en seguida en representación de todos nosotros, y él lo hará dignamente.

Al tomar posesión de la Presidencia de la Sociedad Geográfica en una etapa nueva, honrada poderosamente por la precedencia del doctor Darío Rozo M., no puedo sino repetir lo que a cada uno he dicho hace contados días: Muchas gracias por el honor insigne. Y también muchas gracias por la vigorosa ayuda de todos, singularmente por la del doctor Francisco Andrade S., en la Vicepresidencia, y por la de los señores miembros de la Junta Directiva, el doctor Germán Sierra, el Coronel Joaquín Murillo y el General Hernando Mora Angueira. Mediante la reunión de todos los finos colegas la Sociedad Geográfica perdurará y superará las dificultades anexas a toda obra de cultura, singularmente a una relacionada de manera vertebral con la magnitud física y moral de Colombia.

